

ENSAYO

LA IRRACIONALIDAD Y LAS SITUACIONES LÍMITE

(Rev GPU 2017; 13; 1: 21-27)

Hernán Villarino¹

Jaspers consignó de modo muy afortunado cinco situaciones límite (SL), es decir, cinco especies, pero pareciera que están mal formuladas desde un punto de vista lógico y terminológico. Las situaciones límite son el sufrimiento, la culpa, la muerte, la lucha y el acaso. Desde el punto de vista lógico porque dejó indeterminado el género al que pertenecen, de modo que el lector podría preguntarse: "Resulta muy amena la lectura de estas descripciones de Jaspers, son como cinco novelitas, pero puesto que son tan distintas unas SL de las otras, ¿qué tienen de común como para llevar el mismo nombre? Esta carencia, por otra parte, impide ampliar o eventualmente reducir la nómina, no tenemos un criterio ordenador firme para discutirlo". Estamos en ese tipo de incómoda circunstancia, de ningún modo querida por Jaspers, donde se acaba la argumentación lógica y todo se remite a decir le creo o no le creo, o me gusta o no me gusta lo que el autor refiere. Ahora bien, no es completamente cierto que Jaspers no haya dicho nada sobre el género, sino que lo dicho es ambiguo. A diferencia de las situaciones corrientes de la vida, donde se puede ver más allá de ellas, incluso cambiarlas, en las SL, dice, no se ve nada y son insuperables. Evidentemente esto no discrimina bien, porque también en las situaciones corrientes de la vida a veces andamos a ciegas, y aunque no sea una ceguera insuperable *de jure* si lo es *de facto*. Por otro lado, establecer un límite, como dice Wittgenstein, supone conocer los dos lados de lo limitado, caso contrario no sabríamos qué es ni dónde está, si lo hemos situado bien o mal, etc. Pero si de lo que está más allá del límite no se ve nada, como asegura Jaspers, el reparo wittgensteiniano es completamente atingente. Por eso, en rigor, el límite de las SL no debiera llamarse así, pero sería una estupidez pretender modificar su denominación. A diferencia del género, este es un lastre menor y llevadero con el que deben cargar.

¹ Docente Dpto. de Bioética y Humanidades Médicas, U. de Chile.

INTRODUCCIÓN

Sería muy presuntuoso ponerse a buscar el género de las SL por cuenta propia, o inventarle uno. Tal género, es decir, el concepto más general que las incluye, está en la obra de Jaspers y es ahí donde debemos hallarlo. No se debiera entender las SL con la discutible metáfora óptica usada por él, ni con ninguna otra, sino con un concepto: el de lo irracional. Es probable que el lector eventual estime ahora que si bien salimos de las brasas solo ha sido para caer en el fuego. ¡Nada menos que el concepto de lo irracional, dirá, cuando lo irracional es la negación de cualquier concepto! ¡Lo irracional no se puede pensar ni decir pero aquí no solo se nos ofrece un concepto, sino además un concepto genérico bajo el cual caen especies! En efecto, lo irracional no se puede pensar ni decir, y es en esto en lo que a nuestro juicio pensaba realmente el propio Jaspers, y no en las deficientes metáforas que efectivamente usó. En este trabajo analizaremos lo que cabe decir o no decir de lo irracional; en otro intentaremos aplicar a las SL los resultados alcanzados aquí para poner a prueba nuestra hipótesis.

LO QUE NO ES IRRACIONAL O LO IRRACIONAL COMO INJURIA

En el curso de cualquier discusión acusar de irracional al interlocutor ha sido un recurso para esa clase de descalificación con la que se pretende anular el fundamento de los argumentos contrarios sin mayores trámites, o se lo ha empleado como arma de destrucción masiva para no dejar en pie ni al sujeto ni a sus ideas. Así, por ejemplo, el comisario político y operador filosófico Georg Lukács acusaba de irracional al existencialismo y a todos sus representantes, distinguiendo minuciosamente entre irracionalistas moderados, como Heidegger, e irracionalistas radicales, absolutos e insalvables, como Jaspers. El mismo tono referido al mismo objeto emplea Popper, pero en este caso Heidegger es el irracionalista absoluto y Jaspers el moderado, al fin de cuentas este último había escrito un estimable libro científico como la *Psicopatología General*, y el otro, en cambio, no había incurrido en nada por el estilo. A su vez, Carnap se tomó la molestia de discutir todas las afirmaciones heideggerianas, como esas de que la nada nadea, el tiempo temporea o el hombre es el pastor del ser, y dedujo que en ellas no se decía nada, por ende toda su filosofía era una suma de irracionalidades.

Otro ejemplo de lo mismo es lo que se verifica en la economía. Los que auspician un modelo planificado

y estatal acusan a los otros de ser irracionales. He ahí una familia de tres miembros que se compra un auto enorme donde caben 15 personas, 4WD, además, aunque nunca se apartará de una carretera asfaltada; que consume ingentes cantidades de bencina; que poluciona y envenena el medio ambiente y para pagar el cual ha debido endeudarse, etc. Pero es evidente que nadie lo ha forzado a ello ni le ha puesto una pistola en el pecho para hacerlo, de modo que el liberal considera que esa es una decisión racional: el sujeto ha comprado lo que quería comprar de acuerdo con sus expectativas y necesidades. En la economía cada cual es un agente racional, no irracional, y se comporta como tal, gracias a lo cual resulta previsible y comprensible, se ajusta a sí misma, de modo que se expande y progresa adoptando este punto de vista y no el otro. A pesar de sus apariencias, el racionalismo del planificador, concluye, en el fondo es profundamente irracional, de modo que no asigna los recursos donde deben ir y regularmente termina en el caos económico.

En todo este tipo de casos el apelativo se aplica a un discurso que se considera vacío o deformado por la mala fe y la ceguera voluntaria, como si el mundo fuera transparente y solo hubiera que mirarlo con los ojos del inquisidor; del mismo modo, es necesario e inevitable que en las disputas por el dinero y el poder unos a otros desnuden y exhiban el interés del contrario, que en tanto se opone al propio cabe calificar de irracional. Aunque en primer lugar hayamos mentado el uso polémico del término, lo hemos hecho solo para consignar su existencia y orillarla, porque en realidad carece de relevancia filosófica, quizá solo psicológica.

LA PRIMERA VERSIÓN DEL TÉRMINO IRRACIONAL

Los que lo pusieron en circulación, como casi todo, fueron griegos, en concreto, pitagóricos, quienes creían que todo es número y que el número es la sustancia sagrada y racional, el logos del mundo. Ahora bien, la geometría es una parte del mundo, por lo mismo reducible a números, y a números enteros que son los únicos que conocían. De acuerdo con este postulado cualquier segmento, es decir, cualquier línea, cabe en otra de acuerdo con una proporción que se puede convertir en números enteros; no obstante, con infinita decepción comprobaron que la diagonal del cuadrado es inconmensurable con cualquiera de sus lados, es decir, su proporción no es un número entero. A este tipo de números los llamaron entonces a-logos, es decir, irracionales, y con ello se generó la pregunta de si logos y a-logos son lo mismo o si alguno de ellos en particular es la sustancia real del mundo. Pareciera que el

desmentido a sus esperanzas abatió de tal modo su fe racional, junto con el cálido y sereno mundo íntimo que en torno a ella habían construido, que ya no pudieron seguir subsistiendo unidos como antaño solían y la antigua fraternidad pitagórica se extinguió.

Seguramente no muy distinto fue el pasmo que sufrieron los matemáticos modernos con el teorema de Gödel. En un ámbito más próximo a nosotros, Von Weiszacker aseguraba que la vida no solo no es lógica, sino que es antilógica. En la matemática $1+1$ siempre es 2, pero la suma de una y la otra célula de la generación no suma dos sino uno, y su multiplicación y diversificación posterior no da muchos sino uno también.

Es evidente que el término "irracional", aunque equívoco, se asocia con un cierto desengaño, un fracaso que regularmente se acompaña de tristeza y desaliento. Constituye un inesperado escollo que arruina la confianza puesta en la prometida verdad y claridad del mundo, y en la posibilidad de entenderlo. La irrupción de lo irracional pareciera certificar que la razón y la realidad, como la relación de la diagonal y los lados del cuadrado, fueran inconmensurables. El término, originado en la matemática, emigró después y se lo aplicó a multitud de otras situaciones intelectuales, políticas, morales, artísticas, sentimentales, etc., pero en lo que sigue nos concentraremos solo en su sentido filosófico.

EL PROBLEMA DE LA RAZÓN EN KANT Y EL USO NEGATIVO DE LO IRRACIONAL

Kant distingue entre el conocimiento de lo condicionado (ciencia) y de lo incondicionado (metafísica). Es posible entender cualquier suceso finito del mundo, por ejemplo que al patear un balón² este debe seguir

tal o cual recorrido en relación con sus condiciones, es decir, con la fuerza y dirección transmitida por la patada, el peso de la pelota, la presión atmosférica, el viento que corre, etc. Ese es un hecho aislado y condicionado que se puede entender exhaustivamente en virtud de las leyes de la naturaleza; no obstante está relacionado con una infinitud de otros hechos intramundanos que son sus condiciones remotas (por ejemplo que alguien haya fabricado la pelota, que esta sea de cuero y no de hierro, que en el mundo haya cuero, es decir, animales, que esté inflada con aire y no con agua, etc.) y en virtud de las cuales es posible que se verifique y cómo se verifique la situación que se considera. En la medida que asciendo en las condiciones remotas de cualquier suceso intramundano soy llevado a eso que llamamos el todo. La condición última para que ocurra lo que sea que ocurra es el todo o el mundo. ¿Pero qué es el mundo o el todo? Es lo incondicionado, lo último, que en este caso quiere decir el principio. Ahora bien, este paso desde lo condicionado, que puede ser conocido cabalmente, a lo incondicionado, no se alcanza con una pura suma de conocimientos condicionados. Hay un tiempo determinado para que ocurra, y existen causas, para que la pelota siga el trayecto que sigue, pero el mundo como mundo ¿empezó en algún momento o es eterno? ¿Tiene alguna causa? Las preguntas que responden a lo condicionado e intramundano las formula y las responde lo que Kant llama el entendimiento (la ciencia), pero las preguntas por lo incondicionado (la metafísica), aunque surgidas a partir del entendimiento, las formula la razón, y si bien las quiere responder descubre que no puede hacerlo y que se enreda en contradicciones y antinomias irresolubles.

Analicemos esto con un ejemplo. El mundo, visto como un todo, es decir, desde el punto de vista de lo incondicionado y a través de la razón, puede ser representado y pensado como finito o como infinito. Si me lo represento como finito, por ejemplo por medio de un círculo, algo queda afuera, como si la finitud así determinada no lo abarcara todo, y soy llevado a ampliar el círculo, pero con cada nueva ampliación sigue quedando algo fuera que me obliga a repetir la operación, de modo que cuando me represento el mundo como

² Se puede también poner un ejemplo psicológico, pero es mucho más complicado. Por ejemplo, este asesinato, dice el juez, sin que quepa ninguna duda fue provocada por los celos, los celos son su causa condicionante. ¿Pero qué son los celos? Una conducta, dice el psiquiatra, aprendida o preformada en el espesor de la psique; a su vez, agrega, las condiciones para aprender una conducta son la autoeducación o la educación tanto implícita como explícita impartida por terceros, y en el caso de la preformación se trata de algo genéticamente codificado en el cerebro, de respuestas meramente instintivas, del resultado de la evolución, etc. Mientras que los condicionamientos en el mundo físico tienden a concentrarse como en el caño final de un embudo, en el mundo psíquico tienden a multiplicarse y abrirse como en abanico. Aunque desde el punto de vista del entendimiento

es lo mismo el procedimiento para estudiar lo físico o lo psíquico, con sus peculiaridades como en cualquier otro ámbito de la ciencia, quizá la mayor dificultad y número de variables de la materia psíquica impide alcanzar resultados tan coincidentes como en el mundo físico.

finito en realidad lo pienso como infinito. En cambio, si me lo represento como infinito, por ejemplo como un ocho acostado, en realidad lo pienso como finito. En conclusión: no puedo pensar el mundo ni como finito ni como infinito, y cuando me lo represento de un modo lo pienso del otro y la razón es impotente para zanjar la cuestión. Lo mismo ocurre, como dijimos, cuando la razón se interroga sobre si el mundo tiene o no una causa, es decir, si es consistente en sí mismo o requiere de un agente exterior a él, si tiene o no un comienzo en el tiempo, etc. Kant, como los pitagóricos, en el cenit de su reflexión no pudo eludir la decepción de chocar con una razón que es inconmensurable con el mundo.

ALGUNAS CONSECUENCIAS DE LA POSTURA KANTIANA

¿Era irracionalista Kant? Taxativamente no. Al contrario, creía que la razón es el destino del hombre, y lamentaba que con ella no se pudieran alcanzar conocimientos metafísicos seguros, aunque en el terreno moral podía verse completamente satisfecha. En efecto, el imperativo categórico es un conocimiento racional, a su juicio completamente indubitable y carente de contradicción y de antinomias. Y puesto que hay una ley moral de validez absoluta y universal, es decir, incluso para cualquier otro ser pensante (si los hubiera) y no solo para el hombre, significa que tal ley es *a priori* y carece de sustento empírico; es más, se contrapone a las inclinaciones y deseos reales y naturales de los individuos. Es la razón, no el entendimiento, la que en el terreno moral alcanza lo nouménico, la íntima realidad del mundo tal como es, y cumple aquí felizmente su cometido demostrando de paso que el hombre es libre (porque si puede conocer y seguir la ley racional aun en contra de sus inclinaciones, efectivamente es libre). Hay cosas que por desgracia la razón no puede conocer, pero otras, las más importantes por lo demás, pueden ser conocidas a su través.

Ahora bien, esta sistemática de Kant sirvió para que sus sucesores le administraran a él, o alternativamente unos a otros, el calificativo de irracional. Por ejemplo, el positivismo considera lo racional y sus antinomias, en el sentido de Kant, como un ejercicio ocioso que no conduce a conocimientos positivos, científicos. El insoluble racionalismo de Kant es una materia indecidible, y en calidad de tal completamente superflua. Se puede prescindir de la razón kantiana, pero entonces en el positivismo se llamará razón al entendimiento y sinrazón, mera especulación (en sentido despectivo) o simple irracionalidad a la razón kantiana.

El entendimiento científico positivista, sin embargo, tuvo su propia experiencia pitagórica. Cuando la física descubrió el comportamiento de lo subatómico, donde parecía que el sólido principio de identidad se mecía como en una hamaca, si es que no se esfumaba del todo, porque un fotón, por ejemplo, se comporta lo mismo como una onda que como una partícula, etc., resulta que la indecibilidad racional de Kant, las antinomias tildadas como algo fútil, se trasladaron desde lo incondicionado racional al conocimiento científico de lo intramundano, es decir, al entendimiento, que los positivistas llamaban la razón. Es el entendimiento, de lo físico en este caso, el que no puede decidir si el fotón es una cosa u otra o las dos al mismo tiempo. En la actualidad, el azar, el caos, etc., términos que siempre aludieron a lo irracional, a lo inconmensurable con la razón, son hoy materia de descubrimiento y estudio por parte de la ciencia, y se supone que son el tejido último del mundo, aunque en realidad lo sean de lo intramundano, no del mundo como mundo, donde, a nuestro entender, no se pueden extrapolar sin más los hallazgos del entendimiento y donde todavía valen los presupuestos racionales de Kant.

Aunque Hegel no fuera positivista, también veía en la dialéctica trascendental, es decir, en la razón kantiana, restos de irracionalismo, porque había en ella algo inconmensurable que se resistía a ser plenamente entendido y resuelto por la razón. Para superar este punto no negó, como los positivistas, las contradicciones y las antinomias, las situó en el tiempo y en la historia y creyó comprobar que allí se resolvían volviendo a la unidad de la que habían salido y a la que pertenecían, de modo que ahora era posible un conocimiento plenamente racional de lo incondicionado. Para Hegel el mundo y la razón no son dos sino una y la misma cosa, pero como la razón, a través de la lógica dialéctica, es autotransparente para sí misma, el mundo también lo es. Todo lo real es racional y todo lo racional real es una de las fórmulas que emplea, por eso en su filosofía no permanece nada irracional, la razón nunca decepciona, nada se resiste a ser penetrado por el concepto y la idea. Pero para alcanzar esa meta, para poder asegurar y demostrar que se la había alcanzado, la dialéctica tenía que conocerlo todo, no proponerse conocerlo o postergar el conocimiento para un futuro. La promesa de la razón tenía que ser segura ahora, tenían que verse sus frutos hoy mismo si lo que pretendía era superar efectivamente el racionalismo antinómico, lastrado e impotente de Kant. Es decir, debía llegar al final, culminar, pero una vez culminada lógicamente no podía proseguir. El conocimiento, entonces, debía ser absoluto, pero conocido el absoluto ya no queda nada más por

conocer, y entonces la historia y la filosofía, donde ha madurado tal conocimiento, concluyen.

Aunque no sea un argumento filosófico, todos sabemos que ni la historia ni la filosofía se terminaron con Hegel, de modo que la identificación mundo-razón que tan brillantemente hiciera no parece sostenible. Si el mundo, la vida y el hombre fueran conmensurables con la razón Hegel lo habría descifrado para siempre; de no ser ese el caso su portentoso intento tenía que fracasar. Eso no obsta para admirarse y sobrecogerse ante su complejo, grandioso y denodado esfuerzo de asimilación racional del mundo, por lo demás cuajado de inolvidables aciertos particulares. Hegel, como los pitagóricos, se habría sorprendido si hubiera podido comprobar que los mejores de entre su posteridad, es decir, Schopenhauer, Kierkegaard o Nietzsche, con distintos argumentos creyeron verificar la impotencia e irrealidad de la razón exaltada por él.

EL PROBLEMA DE LO RACIONAL EN ESCOTO Y EL USO POSITIVO DE LO IRRACIONAL

Como sabemos, entre los predicados tradicionales de la divinidad han sobresalido los de la racionalidad y la omnipotencia infinitas. Sin embargo, para Duns Escoto, un fraile franciscano del siglo XIII, se planteaba aquí una flagrante contradicción, porque una de dos: o Dios es omnipotente o es racional, no puede ser las dos cosas a la vez; pero como Dios realmente es omnipotente entonces no es racional.

En la filosofía griega la voluntad siempre estuvo subordinada a la razón, y esto fue admitido hasta que Escoto invirtió la relación, lo cual tiene consecuencias hasta nuestros días. Un resultado, un hallazgo, una deducción lógico-racional es lo que es y concluye en lo que concluye sin que quepan más alternativas. Si dos más dos son cuatro son siempre cuatro, y el resultado no es objeto de elección. La superioridad de la voluntad consiste en que a diferencia de la razón es libre y puede elegir, pero además es la que mueve, la que hace y la que crea, mientras que la razón solo puede contemplar e intentar comprender el fruto logrado de la voluntad. Si Dios estuviera sujeto a la razón entonces no sería omnipotente, su obra y su existencia estarían pautadas, constreñidas, limitadas y dirigidas por ella. Por eso la razón no es un atributo de Dios, es una creación suya, de modo que por su través no sabemos sino muy poco de Él, solo que la razón es una elección que adoptó libremente para el mundo creado, es decir, *ad extra*, pero que no refleja nada *ad intra*. Sabemos que es racional y necesario que $2+2 = 4$, pero esto es así porque Dios lo quiso, y si hubiera querido otra cosa serían cinco,

por ejemplo. Del mismo modo sabemos que asesinar al otro es malo, pero si Dios lo hubiera querido sería bueno y meritorio. En el mundo no hay ninguna necesidad racional, todo, incluso la razón, dependen de la voluntad divina, que es omnipotente y que hace lo que le place; y si nada en el mundo es necesario excepto la voluntad de Dios, que lo sostiene y lo saca de la nada, cuando este quisiera podría ponerlo todo del revés.

Para Escoto lo real de Dios es la voluntad, y la voluntad se relaciona con los afectos, el deseo y la emoción que también mueven. Si Dios ha creado un mundo no le interesa para nada lo que en él haya de racional, ni tampoco se ha visto inexorablemente obligado ni conducido por la razón para hacerlo como lo hizo. Lo racional solo es un artificio, un decorado que pudo haber sido cualquier otro, para expresar y manifestar en él su naturaleza íntima y radical, que es su voluntad, es decir, su amor.

Decía Hegel que la teología es una antropología, y que hablando de y conociendo a Dios el hombre en realidad se conoce a sí mismo y lo que él mismo es, vale decir, entre Dios y el hombre hay una cierta identidad. Siguiendo la sugerencia de Hegel, saquemos a Dios del horizonte y veremos cómo en la escena humana queda lo mismo. Nada distinto de Escoto, por ejemplo, es lo que dicen Schopenhauer o Freud: la sustancia del hombre es un inconsciente irracional, no sujeto al tiempo ni a la realidad, y el yo, o lo racional, es un artefacto dependiente de lo otro, creado por esto otro y destinado a sostenerlo y manifestarlo. Tampoco dice nada distinto el relativismo: si la razón y la racionalidad aquí son así pero completamente distintas allá, si hoy son así pero ayer fueron así y mañana sepa uno cómo serán, etc., es porque se trata de una cubierta contingente que puede ponerse, sacarse o transformarse en función de necesidades, deseos, propósitos o expectativas que en sí mismas no son racionales. Consciente o inconscientemente la filosofía y la psicología modernas dependen fundamentalmente del problema planteado por Escoto, porque para buena parte de ella casi siempre la razón es algo derivado, secundario y donde no radica ninguna verdad esencial.

RAZÓN Y LENGUAJE

El lenguaje, para Wittgenstein, remite a los hechos del mundo, de modo que todo lo que se puede decir puede decirse claramente y lo puede entender cualquiera. En su original refutación del psicologismo y el subjetivismo demostró además que ninguna experiencia psicológica, por íntima que se la repute, es accesible independientemente del lenguaje público y racional

que hablamos todos, es decir, no hay ni puede haber lenguajes privados. Nada de lo que decimos, aunque refiera a lo más secreto de nosotros mismos y nos lo digamos calladamente a nosotros mismos, en tanto hecho intramundano puede decirse por fuera del lenguaje. La condición de posibilidad para que haya hechos en el mundo, incluso hechos subjetivos, es el lenguaje, o la razón, del mismo modo que los hechos son la garantía de que el lenguaje, o la razón, es significativo.

El lenguaje lógico-racional se basta para encarar lo intramundano, pero a continuación de este capital hallazgo aparece el momento propiamente pitagórico en el translúcido y diáfano escenario wittgensteiniano. Hablamos también de ética, de lo bello, del mundo, de religión, etc., pero aunque de lo anterior digamos esto o lo otro en realidad no decimos nada significativo, ya que no referimos a ningún hecho intramundano (obsérvese la similitud con la estructura doctrinal kantiana). No se trata de que los predicados bueno, correcto, mejor, etc., que por ejemplo se usan en la ética, sean no significativos. Esta carretera es buena, decimos, porque para alcanzar el punto X es la más rápida. Que así sea es algo que podemos comprobar, es un hecho intramundano, de modo que el uso del término bueno en este y otros casos por un estilo es adecuado y significativo. Pero en la ética no hablamos de lo bueno en sentido relativo, sino de lo bueno en sí mismo, de lo absolutamente bueno. Podemos decir que esta carretera es la mejor porque es la más segura, o porque está asfaltada, o porque bordea la costa, etc., y eso es perfectamente significativo para cualquiera y cualquiera lo comprende, pero cuando hablamos de lo bueno en sí, que es aquello que pretende la ética, es como si habláramos de una carretera absolutamente buena. ¿Pero eso qué significa? Por lo pronto nada que se corresponda con un hecho intramundano real o posible.

Concebir en sentido absoluto lo bueno, lo bello, etc., para Wittgenstein no es un sinsentido, pero en cambio no se puede decir, porque el lenguaje lógico y racional, el único que existe, es completamente impotente para ello (aunque considerara que esto indecible era lo más y lo único importante para la vida). Es en razón de lo anterior que el *Tractatus* concluye con aquella famosa frase: de lo que no se puede hablar es mejor guardar silencio. No es por nada que Wittgenstein llamara místicas experiencias como las de la ética, la estética, etc., porque la mística desde siempre se caracterizó por no poder hablar del objeto al que dice aludir. No existen expertos en mística, y nadie tiene magisters ni doctorados en este tema, porque de eso, como dice Wittgenstein, no hay lenguaje; y no es que

ahora sí haya un lenguaje privado, simplemente no hay lenguaje ni, por ende, razón.

LA LEY DEL DÍA Y LA PASIÓN DE LA NOCHE

La irrupción de lo irracional pareciera certificar que la razón y la realidad, como la relación de la diagonal y los lados del cuadrado, fueran inconmensurables. La exposición anterior revela que en las concepciones filosóficas lo irracional aparece directamente en el límite del ejercicio lógico racional (como lo ilustran los pitagóricos, Kant, los positivistas, Wittgenstein, etc.), o indirectamente con el fracaso de un sistema racional (como es el caso de Hegel, Descartes, Leibniz, etc.). Pero, además, hay filosofías que de entrada ponen lo irracional como fundamento y sustancia del mundo, y cuyos ejemplos más conspicuos son Escoto en su versión teísta y Schopenhauer en su versión atea. Los optimistas dirán que el primer tipo es puramente contingente, y que se resuelve con un mejor y mayor conocimiento, y que el segundo no tiene solución pero tampoco interés. En todo caso, cada cual, enfrentado con los hechos, podrá, si quiere, elegir lo que más le acomode o le convenza. Nosotros, para concluir, quisiéramos recordar cuál era la posición de Jaspers en este asunto.

Nuestro ser, dice Jaspers, está referido a dos poderes antinómicos que se expresan como la ley del día y la pasión de la noche. En el día la Existencia se ordena a la realización de nuestros asuntos, a la lucha por el saber y la búsqueda de la claridad en una empresa interminable que se desarrolla concernida por todos y por todo, y en el empeño de perfeccionar la situación en la que estamos dados. Pero el día tiene un límite: la noche, que quebranta el orden del día y arrastra todo hacia la nada. La pasión de la noche no es la voluntad egoísta que persigue el hechizo de lo prohibido, ni el gusto por la rebelión ética como ostentación de autonomía personal, ni el embuste de un misterio artificial, ni el instinto, ni el placer, ni la curiosidad, ni el capricho, ni la embriaguez ni el nihilismo, etc. Tampoco es el mal, está más allá del bien y del mal, solo es un mal para el día. Pero no por eso la noche es una nada, en realidad todos venimos de ella y estamos atados a la tierra que oscuramente nos envuelve. La pasión de la noche, dice un Jaspers que sabe a Wittgenstein, es impensable, porque en el pensamiento (o en el lenguaje) el día tiene ventaja e impone su ley, por eso toda exposición de la noche es trivial y vacía, y cuando se quiere justificar su pasión fracasamos. Aunque el día califica de inane lo que en la noche es real sustancia y certeza de sí misma, no es el absoluto, solo es real en tanto que limitación de la noche, y sin ella el día sería fantástico e

irreal porque a pesar de todo la noche nos reclama, lo envuelve, lo absorbe y lo devora todo, como si no pudiéramos estar nunca completamente en arreglo con nosotros mismos.

“Aunque la ley del día al principio proporciona la conciencia de una dicha incomparable por la comunicación en la vida en virtud de las ideas, en los deberes y en la realización, a la postre gritan y protestan con toda claridad los demonios que se habían rechazado”³.

COMENTARIOS FINALES

Nos parece que la apelación a la irracionalidad implícita en las SL no cae en la variedad sustancial de Escoto o Schopenhauer, va más bien por la vía de Kant y del primer Wittgenstein, porque el segundo Wittgenstein se acerca más al irracionalismo sustancialista. En todo caso esto es algo que se debe discutir y probar en otro trabajo.

³ Karl Jaspers. Filosofía. t. III. Pag. 469.